



ORDO FRANCISCANUS SAECULARIS
Consilium Internationale
Via Vittorio Putti, 4/int. 6 - 00152 Roma
Tel. +39 06.45471722 Fax +39 06.45473094
E-mail: ciofs@ciofs.org
www.ciofs.org

Prot. n. 3250

Roma, el 11 de abril, 2020
Sábado Santo, fiesta de Pascua de 2020

“¿Por qué están buscando entre los muertos él que está vivo?” (Lc 24,5)

Mis queridas hermanas y mis queridos hermanos del mundo entero,
¡qué el Señor os dé su paz!

Empiezo esta carta que os escribo en ocasión de la Pascua, recordando el deber principal que nos ha sido asignado, el de anunciar la buena noticia:

¡Cristo ha resucitado! ¡Aleluya!

Para nosotros cristianos es uno de los momentos más alegres del año, porque es el momento de experimentar el hecho que la vida ha vencido la muerte. Tenemos que recordarlo, incluso en estos tiempos difíciles, cuando muchos de nuestras hermanas y hermanos están afectados por los desastres naturales, como el coronavirus, los terremotos, los incendios forestales y las condiciones meteorológicas extremas, sin olvidar otras dificultades como son, por ejemplo, el colapso económico que está afectando algunos países. Rezamos por los que padecen por culpa de estas situaciones, que han perdido a sus seres queridos, los familiares, los que están enfermos, que han perdido la casa, los terrenos y el trabajo. Tenemos que acordarnos de todos ellos y en modo particular debemos acordarnos de nuestros hermanas y hermanos del Orden Franciscano Seglar. Mi mensaje hacia vosotros es para deciros que tenemos que ser unidos, que tenemos ganas de saber de vosotros y que estamos rezando por vosotros. En esta situación es muy importante vivir la experiencia fuerte que Cristo, que murió en la cruz pero que resucitó el tercer día, no nos ha abandonado y que, como lo había prometido, él está todavía con nosotros: *“Y he aquí, yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo.* (Mt. 28:20)

Aunque seamos consciente de esto, que lo sepamos, no es siempre fácil entenderlo y creerlo. Lo sé, no es fácil entenderlo sobretodo hoy, cuando muchas personas preguntan: *“¿Dónde está Dios en este momento? ¿Dónde está el Cristo hoy? ¿Cómo podemos encontrarlo? Entender a Jesús no ha sido fácil ni siquiera para los discípulos. Recordemos solamente de lo que pasó después de Sábado Santo. Lo que todos sabían de manera segura era que Jesús había muerto, y que su cuerpo no estaba ya en la tumba donde lo habían puesto. Por lo que veían con sus propios ojos, era para ellos casi imposible entender y creer que Cristo haya resucitado. Jesús no estaba donde ellos pensaban que tenía que estar. Nosotros también, hoy, como entonces los discípulos, a menudo buscamos Dios donde nosotros creemos que debería de estar, pero a menudo él no está allí:*

“Porque mis pensamientos no son vuestros pensamientos y vuestros caminos non son los míos, dice el Señor” (Is. 55:8)

Para aprender lo máximo de su ejemplo, quisiera invitaros a poner vuestra atención sobre cuatro personajes de los Evangelios: María Magdalena, Tomás, los discípulos de Emaús y Pedro. Os invito a contemplarles con estas preguntas: ¿Cuál ha estado su experiencia y qué podemos aprender de parte

de ellos para nuestra vida y para la vida de nuestra fraternidad? De manera individual pero también en fraternidad tendremos que examinar tanto sus tipos de desesperación que como se ha manifestada su alegría. María Magdalena sentía una pena y un dolor profundos (“*se han llevado a mi maestro*”) Tomás estaba lleno de dudas (“*si no lo veo, no lo creo*”), los discípulos de Emaús estaban desilusionados (“*esperábamos que sea él, pero...*”), y Pedro había dejado su propia vocación para volver a su antiguo trabajo (“*Iré a pescar*”). Todos tenían la profunda sensación que Jesús les había abandonado. Estoy seguro que muchos de nosotros hemos experimentado las mismas sensaciones, cuando estábamos buscando la voluntad de Dios, sin entender exactamente lo que estaba pasando y porqué teníamos que pasar por todas esas dificultades. También hemos tenido la sensación que Jesús nos había dejado fuera de su presencia. Pero Jesús ha dado una respuesta a cada uno de ellos, y estoy seguro que, como ha ocurrido para ellos, nosotros también, a pesar de todas las dificultades, que sean personales o de fraternidad, de una comunidad o de un país en su totalidad, podremos descubrir la alegría de la Pascua.

Estamos viviendo tiempos extraordinarios, con cambios extraordinarios. Como dijo el papa Francisco: “*Esta época no es solo una época de cambios, sino un cambio de época*”. (Papa Francisco, Navidad 2019). No podemos enfrentar el mañana como si nada ocurriera. El mundo está cambiando y nosotros también tenemos que cambiar, que nos guste o no, porque nos gusta vivir una vida tranquila y segura.

Este cambio todavía nos debe hacer focalizar sobre: cómo podemos encontrar a Jesús en esta nueva situación, sobre cómo el Señor resucitado puede estar presente en nuestra vida personal y en la vida de nuestras fraternidades a todos los niveles. Él no nos ha abandonado, sino que quiere que le busquemos y que le encontremos con modalidades diferentes, en situaciones diversas, en otros lugares y con otras personas que son diferentes de lo anterior. Si miramos la figura de María Magdalena, de Tomás, de los discípulos de Emaús o de Pedro, todos tienen en común el hecho que después de su momento de desesperación y desánimo encontraron a Jesús, y que esto les cambiaron su vida. También nuestra vida puede estar cambiada solamente en el encuentro con el Cristo.

Quisiera ahora invitaros a poner vuestra atención sobre cuatro fases de las historias de María Magdalena, de Tomás, de los discípulos de Emaús o de Pedro. Para poder vivir la alegría de la Pascua y seguir adelante siendo más fuertes, más abiertos, más determinados y más prontos a tener un nuevo inicio con el Cristo, nosotros también tenemos que atravesar estas cuatro fases.

1. Jesús no estaba allí

Jesús no estaba en el lugar donde ellos pensaban que tenía que estar.

Nosotros, a menudo, le buscamos donde no está, y donde no tiene intención de estar: en nuestros planes y en nuestras obras. En nuestra vida personal o en la vida de nuestras fraternidades a menudo estamos llevados a construir grandes proyectos en los cuales, una vez concluidos, no encontramos a Jesús. Como María Magdalena, que encontró la tumba vacía, nosotros también a menudo encontramos nuestras vidas vacías, nuestra vida personal como la vida en fraternidad. Hacemos a menudo muchos esfuerzos para rodar la piedra de la tumba y ver al Cristo, y también hemos ideados algunas modalidades: tenemos con nosotros los aceites, hemos planificado todo muy bien, lo que haremos, como lo haremos. No hay dudas, lo hacemos con las mejores intenciones. Entonces ¡qué desilusión cuando nos damos cuenta que nuestros esfuerzos han sido vanos y que no logramos a encontrar a Jesús! Esta experiencia es dolorosa. ¡Cuántas veces decimos que, al menos que hayamos hecho ya una experiencia fuerte, no creemos que él está presente! ¡Cuántas veces caminamos en la ruta de nuestra vida sin saber que Jesús está a nuestro lado, en nuestra compañía! Muchas, muchas, muchas veces pensamos que Jesús no está presente, porque tenemos ya, dentro de nosotros, la idea fuerte de donde debería estar y de cómo debería comportarse. Non obstante Jesús está allí, pero en un modo muy diverso. Él es más cercano que como lo imaginamos y es más fácil de unirse a él de lo que pensábamos.

En los encuentros que he tenido durante mis Visitas he oído muchas veces hablar de este tipo de experiencias hechas por las fraternidades, pero también he oído muchas veces hablar de la hermosa realidad de cómo habían sido capaces de superar una situación determinada difícil. Lo común a todas las historias que he visto, son estas dos: la conversión personal y la reconciliación, la reconciliación con Dios, conmigo mismo y con mis hermanas y hermanos de la fraternidad. Conversión y reconciliación han hecho aparecer de nuevo el Cristo en nuestras fraternidades, han hecho volver las hermanas y los hermanos los unos hacia los otros y les han dado una fuerza nueva y nuevas motivaciones. La vida fraternal ha sido renovada y todos han encontrado el Cristo donde debía estar y no donde todos pensaban que fuese.

No concentrémonos sobre donde él no está, sino más bien donde está. Mi primera invitación es lo de caminar, y de no tener miedo de las dificultades y de las circunstancias insólitas. Más bien, haced todo en vuestro poder para quedar abiertos a una conversión personal y a la reconciliación. ¡Abríos los unos a los otros y encontrareis a Jesús! Cristo no siempre hará parte de nuestros proyectos, pero él siempre quiere que nosotros hagamos parte de los suyos. Resistid y no tengáis miedo si no está donde lo buscáis. Puede que se sorprendan del lugar donde lo encontrarán.

2. Jesús se acercó a ellos

El segundo momento es el en qué Jesús tomó la iniciativa y se acercó a ellos. Estamos buscando a Dios, pero es Dios que, de primera, nos está buscando. *“Nosotros queremos porque él nos ha querido el primero”*. (1J. 4,19) Si no admitimos esta verdad, nosotros no encontraremos nunca a Dios.

A menudo Dios viene hacia nosotros en un modo insólito, en un modo que nos sorprende. Tal vez no hubiera escogido justamente este momento para aparecer en medio a los apóstoles, si primero no hubiera sabido las dudas desesperadas de Tomás. No podemos estar seguros que Jesús tenía algo que hacer en Emaús, pero sabía ya de antemano que los dos discípulos necesitaban ser consolados.

Jesús se manifiesta en cualquier momento de nuestra vida, de manera inesperada e improvisamente. No debéis estar sorprendidos cuando él os aparece a vuestro lado o como cuando se presentó en la persona del jardinero a María Magdalena, él puede aparecer en la persona de unos sin domicilio, de desempleados, de policías, de un comerciante o incluso de vuestro vecino que encontraréis a la puerta de vuestra casa. Nunca lo sabréis. No se sorprenda cuando aparece en medio de la fraternidad para reforzaros en un modo especial. No se sorprenda cuando aparece a vuestro lado mientras camináis en el sendero de vuestra vida, cuando tenéis la cabeza llena de preocupaciones y desilusiones. No tengan miedo cuando aparece en la oscuridad de la noche de vuestra vida, mientras viene hacia vosotros caminando sobre las aguas del lago.

No importa de cómo se acerca. Puede ser de manera insólita o inesperada. ¡Mi segunda invitación es de quedar abiertos para acoger la aparición de Jesús y de ser agradecidos por su llegada! ¡Dad las gracias a Dios por sus sorpresas! El aparecerá también detrás de las puertas cerradas.

3. Jesús os ha llamado

Jesús no solo se les acercó, sino que a cada uno de ellos dio un mensaje personal. Leamos. A María Magdalena dijo: *“Anda hacia mis hermanos y diles”* (J. 20,17), a Tomás: *“Pon tu dedo aquí y mira a mis manos”* (J. 20,27), a los discípulos: *“tomó el pan, dijo la bendición, lo rompió y les dio”* (Lc. 24,30), y a Pedro: *“Lanza la red a la derecha de la barca.”* (J. 21,6)

Tenemos que estar prontos también para hacer una experiencia imprevista y fuerte de parte de Jesús, como ha sido la de Tomás. La verdaderamente primera experiencia es la de Jesús presente para nosotros en la Eucaristía y esta certeza nos debe hacer arder nuestros corazones como lo ha hecho con los corazones de los discípulos de Emaús. Debemos dar testimonio de Jesús, como María

Magdalena. Y por fin tenemos que lanzar nuestra red y, como Jesús lo ha dicho en seguida a Pedro, debemos apacentar a sus ovejas, debemos hacer nuestro trabajo apostólico.

Incluso en estas circunstancias especiales, debemos escuchar su mensaje. Por eso mi tercera invitación es de abrir los oídos e intentar escuchar el mensaje que Jesús manda a cada uno de nosotros: acércate, tócame, qué me seas cercano y da testimonio a tus hermanos. Entonces, anda y lanza tu red, qué hagas tu trabajo en el mundo. Podemos hacerlo incluso en esta situación especial, incluso cuando nos encontramos en las dificultades.

4. Importancia de estar en comunidad

Para nosotros pertenecer a la fraternidad significa también tener un lugar que nos ayude a vivir la presencia de Cristo resucitado y, de manera particular, en esta situación especial; significa también una llamada fuerte a compartir nuestra alegría. Como ha sido para estas cuatro personas, también para nosotros la fraternidad es un lugar esencial. Es el lugar donde podemos escuchar las palabras de Jesús y podemos reforzar nuestra vocación.

Su historia les lleva a la comunidad. María Magdalena, que había salido, volvió hacia los apóstoles. También Tomás estaba con la comunidad cuando vio y tocó el Señor. Los discípulos de Emaús estaban dejando a Jerusalén, pero después de haber encontrado a Jesús volvieron en sus pasos. Pedro había dejado todo para andar a pescar, pero él también regresó y, en la orilla del lago, junto a los demás, encontró al Señor. La presencia de Jesús, o la esperanza de su presencia, les transformó a todos.

Debemos de quedar unidos, especialmente en estos tiempos extraordinarios. Tendremos una experiencia diferente de la comunidad, de la fraternidad. Incluso si en algunos países es difícil encontrarnos, debemos reforzar nuestro sentido de pertenencia y ser conscientes que somos una familia. Pertenecemos a la misma familia internacional del CIOFS y a la grande Familia Franciscana. Recemos los unos por los otros, apoyémonos unos a otros. En este momento incluso los hermanos y hermanas religiosos necesitan nuestro apoyo. Ayudémonos uno a otro y, con nuestros talentos y nuestra creatividad, busquemos el modo con el cual reforzar nuestros lazos fraternos. Non tengan miedo de utilizar instrumentos y medios contemporáneos. Compartan con los demás vuestros sentimientos, vuestras experiencias, hagan llamadas telefónicas, escriban e-mail o cortos mensajes, cuando es posible organizan videoconferencias, o más sencillamente asomaos al balcón y llaman a los vecinos o cantad. Compartan vuestras lecturas espirituales preferidas, vuestra música preferida. Dejad que los demás os conozcan mejor, porque así cada uno aprenderá más de Dios.

Nosotros hacemos Iglesia, también nosotros. Si no podéis salir para encontrarle a EL fuera, le podéis encontrar dentro. La Iglesia no es solo un edificio. Nosotros somos las parroquias, nosotros somos las fraternidades, somos el Orden y Él está esperando a encontrarnos.

Por todo eso, aquí mi cuarta invitación hacia vosotros. Búsquenle y encuéntrale en la oración, en la oración común de la Iglesia. Búsquenle y encuéntrale incluso en las nuevas modalidades de formación y de intercambio fraterno. Búsquenle y encuéntrale cuando *“os juntáis a la oración litúrgica en una de las formas propuestas por la Iglesia, viviendo de nuevo así los misterios de la vida de Cristo.”* (OFS Regola 8), porque esta refuerza de verdad el sentido de pertenencia a la Iglesia y al Orden. Sed conscientes que en cada momento 24 horas sobre 24, en cualquier parte del mundo, hay una hermana o un hermano OFS que está rezando. ¡Qué unidad! Esperemos que este modo común de rezar nos pueda volver todavía más alegres cuando nos encontraremos de nuevo en persona. Acuérdate, somos una familia.

.....

Cuando nos encontramos deber enfrentar una situación difícil, nosotros, franciscanos seculares, somos a menudo como estos discípulos. Os pido de examinar nuestros hábitos y nuestro comportamiento, tan individual como de fraternidad, preguntándonos: ¿cómo enfrentamos las dificultades o las situaciones insólitas? ¿Le echamos de menos y no le reconocemos como ocurrió a María Magdalena? ¿No creemos que está con nosotros como ha estado con Tomás? ¿Nos peleamos como los discípulos de Emaús mientras él está a nuestro lado? ¿Volvemos a las antiguas prácticas como hizo Pedro? ¿Nos sentimos abandonados? Jesús nunca nos dijo de estar tristes o desilusionados. Jesús nunca nos dijo de rendirnos. Al contrario, nos dijo de vivir la alegría de la Pascua, dejando claro que no podemos vivir la Pascua sin el Viernes Santo.

Las palabras de Jesús - “*estaré siempre con vosotros, hasta el fin de los tiempos*” – no significa una presencia pasiva. Quieren decir que él nos quiere cada día y que nosotros podemos percibir este amor día tras día, pero que también, si no lo percibimos, debemos tener la certeza que su amor está aquí y que de esto podemos sacar coraje y fuerza. Significan también que el Orden Franciscano Secular está con nosotros. Jesús está con nosotros incluso cuando no estuviere donde pensamos, pero está con nosotros cuando se acerca personalmente y nos inspira personalmente y en la fraternidad de manera especial, cuando nos llama a todos con una llamada muy personal y cuando nos inspira a cada uno de nosotros para responder a su presencia amorosa. Está con nosotros en nuestros cambios y nuestros desarrollos, está con nosotros en las dificultades que tenemos que enfrentar, está con nosotros en las alegrías y en nuestros dolores. No como un familiar distante que de vez en cuando nos viene a visitar y al cual contamos los últimos acontecimientos, no como un consultante de empresa exterior que, con fría profesionalidad, de vez en cuando, nos aconseja como proceder, sino que él está con nosotros cada día y está con su amor de compasión que quiere ayudarnos, incluso a veces de manera increíble y milagrosa. Su presencia es un recurso que no deberíamos ignorar porque cada vez que no le estamos buscando, no buscamos Su voluntad, arriesgándonos no solo a tomar decisiones erróneas sino a perder así la oportunidad de hacer, con su ayuda, algo importante.

Él está siempre dispuesto a presentarse a la puerta de entrada de nuestras casas y de colmar nuestras familias de la alegría de la Pascua. La Pascua cambia siempre nuestra vida y la liturgia pascual y la alegría común nos hace sentir renovados. Este año para la mayoría de nosotros será muy diferente. Una cosa podemos dar por contado: Cristo está aquí, Cristo ha resucitado. Este es el motivo por el cual tenemos que estar seguros que la Pascua cambia nuestras vidas y no podemos seguir haciendo las cosas como siempre las habíamos hechas hasta ahora. Este periodo de cuaresma tan especial nos ha preparado, a todos, de manera diferente que por el pasado. Mirar la cruz nos curaba, porque “*Lo mismo que Moisés elevó la serpiente en el desierto, así tiene que ser elevado el Hijo del hombre, para que todo el que cree en él tenga vida eterna. Tanto amó Dios al mundo que entregó a su Hijo único para que no perezca ninguno de los que creen en él, sino que tengan vida eterna*” (Jean 3, 14-15) Estén seguros que hemos sido curados, todos, y que todos podemos tener la vida eterna. Dios nos ha preparado durante este Cuaresma en un modo especial. Miremos con gratitud a todas las cosas buenas que Dios nos ha dado desde que nos ha sido prescrito de quedar en casa. Hemos podido pasar más tiempo con nuestras familias, ya que hemos tenido menos solicitudes del exterior hemos tenido más posibilidades para escuchar a Dios y, como no teníamos la posibilidad de salir de casa para comprar bienes materiales hemos tenido más tiempo para obtener los bienes espirituales. Ha sido un periodo de curación, un periodo para una preparación especial para gozar de la alegría de la Pascua.

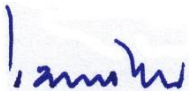
Como para los discípulos después de la Pascua, pero antes de Pentecostés, nosotros a menudo tenemos miedo de tomar decisiones valientes, nos encontramos cansados o tenemos desordenes internos como las cuatro figuras que he mencionado antes. Pero el Señor resucitado nos renovará, independientemente de las condiciones en las cuales estamos o de cómo lo sentimos. En las situaciones difíciles no podemos esconder nuestras fragilidades, pero sí podemos hacer de manera que nuestra fuerza se haga más visible y podremos hacer cosas que nunca hubiéramos imaginado poder hacer. Os deseo a todos, la misma alegría, la misma confianza, la misma maravilla y rapidez de

actuar, que estaba presente en la vida de María Magdalena, la de Tomás, de los discípulos de Emaús y de Pedro, después de que hayan encontrado a Jesús Cristo, el Señor resucitado. De la misma manera, el renacimiento del Orden se basa siempre en su resurrección y lleva la fuerza de su encuentro con El.

Vivamos los misterios de la Pascua a la luz de la manera especial que este año Dios nos ha ofrecido. Rezo para que, cuando salgamos de esta situación todos podamos ser más fuertes, más audaces, más sinceros y que quedemos abiertos a la solidaridad con los necesitados. Será un signo verdadero de resurrección y un signo aquí en la Terra de lo que viviremos en la vida eterna. Alégrense y sigan buscándole entre los vivos, porque él ha resucitado y quiere que *“podamos tener la vida y tenerla en abundancia”* (Jean 10,10)

Sois todos muy importantes para mí, juntos y personalmente. Os siento cercanos y rezo para cada uno de vosotros. ¡Qué la alegría de Pascua pueda llenar a todos! ¡Os deseo una Pascua Santa y Bendecida! Cristo ha resucitado, ha verdaderamente resucitado, ¡Aleluya!

Vuestro hermano menor y vuestro ministro



Tibor Kauser
Ministro General CIOFS

